Abenaman

HIJA,
POSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS Á LA MUJER

DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD,

POR

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

TERCERA PARTE, CON UN APÉNDICE TITULADO

HERMANA.

MADRID:
IAS DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXVII.

SER BUEN HIJO
Y SER BUEN PADRE.

COMEDIA NUEVA, ORIGINAL,

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

ABENAMAR.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Abril de 1843.

PERSONAS.

DON BRUNO
DOÑA INÉS.
DOÑA ROSA.
DOÑA MATILDE.
DON ANSELMO.
DON JUAN.
MARQUINA.
BLASA, *criada.*

La escena es en Cadiz.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

Sala de la casa del comerciante don Bruno.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen DON BRUNO *y su dependiente* MARQUINA.

BRUNO. ¿Cuándo ha dicho el capitan
que piensa hacerse á la vela?
MARQUINA. Mañana.
BRUNO. Pues segun eso
¿tiene la carga completa?
MARQUINA. La carga y los pasageros,
y tambien las pasageras,
y entre ellas una muchacha
mas hermosa que una perla.
BRUNO. ¿Americana?
MARQUINA. Española,
y andaluza por mas señas.
BRUNO. ¿Y con quién va?
MARQUINA. Va solita.
BRUNO. Asi me gusta... franqueza;
no me agradan sujeciones,
no señor, independencia.
No sé yo por qué han de estar
las mugeres tan sujetas;
tiranías... antiguallas,
preocupaciones necias,
cosas del rey que rabió
y que las luces condenan.
Entre la muger y el hombre

715912

yo no encuentro diferencia;
nuestra es la mitad del mundo,
la otra mitad de las hembras;
pues mandamos en lo nuestro,
en lo suyo manden ellas.

MARQUINA. Sí señor, mas pienso yo
que si se ajusta la cuenta,
vienen ellas á mandar
en su mitad y en la nuestra.
Mi difunta Sebastiana,
en su gloria Dios la tenga,
mientras duró el matrimonio...
tenia un genio... era buena...
buena... eso sí, muy muger,
muy vividora... una abeja...
pero en tocándole al mando
no era muger, sino fiera.

BRUNO. ¿Y tú qué hacías?

MARQUINA. Servirla,
callar, ó tomar la puerta.

BRUNO. Eso es dar en los estremos;
la razon no quiere fuerza,
debe entrarse en discusion
con templanza y con firmeza,
y la razon vence al fin.

MARQUINA. A mi difunta con esas;
su razon era su gustò.

BRUNO. ¿Y tu razon?

MARQUINA. La paciencia.

BRUNO. Siempre fuiste bondadoso,
pero hay bondades funestas.

MARQUINA. Señor don Bruno, el marido
que da con una altanera,
ó se entrega á discrecion
ó la maltrata ó la deja.

BRUNO. Tú de esas cosas no entiendes;
á tí te casó la iglesia,
pero te casó á la antigua,
no te casó á la moderna.

MARQUINA. Me casé como se casan
los solteros en mi tierra;
me echaron la bendicion

y se la echaron á ella,
y en gracia de Dios, á casa,
y lo que viniere venga.

BRUNO. ¿Te casaste enamorado?

MARQUINA. Sí señor: hecho un babieca.

BRUNO. Y ella ¿qué tal?

MARQUINA. ¿Sebastiana...?
Sebastiana, una jalea.

BRUNO. ¿Y la dabas libertad,
y libertad verdadera?

MARQUINA. Yo le daba para el gasto,
nunca le pedia cuentas;
mas ser libre, y ser muger,
no señor, no es de mi escuela.

BRUNO. Eres un hombre atrasado,
un hombre de la edad media,
desconfiado, celoso,
opresor de la inocencia.

MARQUINA. Nunca oprimí á Sebastiana,
eso no... delicadeza...
mas de una vez la difunta
se quejó de mi modestia.

BRUNO. La muger, ese diamante
que Dios arrojó á la tierra
para iluminar al mundo
con la luz de su belleza,
es tan libre como el sol,
como el aire que la cerca,
y no se atreve á besarla
temeroso de ofenderla.
Los hombres, todos tiranos,
nuestra inclinacion es esta,
oprimir para gozar,
y gozar para perderlas.
Son esclavas en el Asia,
en el Africa, en América,
y si aqui no lo son tanto
es porque nos da vergüenza.
¿Qué libertad es la suya?
una libertad quimérica,
tiranía con el velo
de la libertad cubierta;

yo procuro emanciparlas,
yo quiero que libres sean.

MARQUINA. Pues mire usted, Sebastiana,
en su gloria Dios la tenga,
era absoluta... no hay mas,
yo el vasallo, ella la reina.
¿Y por qué muger, don Bruno,
la emancipacion comienza?

BRUNO. ¿Por dónde...? por mi muger
y por Rosa.

MARQUINA. Enhorabuena.
¿Y qué papel hace usted
en esa linda comedia?

BRUNO. El papel de un gran filósofo.

MARQUINA. (*Ap.* Jesus, señor, ¡qué demencia!
Se ha empeñado en ser... pobre hombre,
y al fin se saldrá con ella.)
Permitid, señor don Bruno,
á mi escasa inteligencia
una observacion no mas;
supongo que usted acierta
y realiza ese proyecto
que le bulle en la cabeza:
¿sabe usted cuáles serían
sus precisas consecuencias?

BRUNO. La felicidad del mundo.

MARQUINA. Su aniquilacion completa.
¡Bonitas son las mugeres
para andar á rienda suelta!
Por algo los orientales
bajo de llave las cierran.
Son muy sabios esos hombres;
se atienen á la esperiencia,
por eso las celan tanto,
y, vive Dios, que lo aciertan.
Por acá somos mas tontos,
tenemos mucha indulgencia
y solemos consolarnos
con aquello de *flaquezas*.
¡Ay don Bruno, cuántas flacas
se estilan en esta tierra!

BRUNO. La ignorancia te alucina,

los sabios nunca sospechan.

MARQUINA. Por eso los sabios son
hombres de grande cabeza.
Yo soy de opinion, don Bruno,
que allá nuestra madre Eva,
le echó el diente á la manzana
por tener independencia.
Si hubiese Adan sido turco
de barba de cuarta y media,
de estos que guardan la llave
donde á las damas encierran,
vive Dios que la manzana
allá en el arbol se queda
y de la tal golosina
no pagáramos la pena.

BRUNO. No se puede hablar contigo,
Marquina, de estas materias.

MARQUINA. Pues hablemos de otra cosa;
aqui está, señor, la cuenta...
(*Saca un papel.*)
del rancho de la fragata.

BRUNO. ¿Cuánto suma?

MARQUINA. Podeis verla.
¿Quereis...

BRUNO. No quiero..., despues.
¿Y va bien provista?

MARQUINA. En regla.
Lleva rancho para un año;
mantecados, carne fresca,
agua abundante, licores,
ricos vinos, frutas secas,
jamones, gallinas, quesos,
arroz, harina, lentejas...

BRUNO. ¿Y cuándo piensa el piloto
estar en Cádiz de vuelta?

MARQUINA. Dentro de un año: va á Lima,
¡hay á Lima tantas leguas!
y luego ese Cabo de Hornos
como alli la mar es gruesa,
y ha de doblarle en invierno,
tendrá de fijo tormentas,
y sabe Dios...

BRUNO. Eso sí;
eres un *requien eternam.*
Capaz eres de inspirar
al mes de mayo tristeza.
Si la fragata padece,
que la fragata padezca,
y si sufre temporales
que los sufra enhorabuena,
y si zozobra y se pierde
que zozobre y que se pierda,
que por cierto no será
en perderse la primera.
¿A qué viene anticipar
los peligros y las penas?

MARQUINA. Yo no lo dije por tanto
ni ocurrírseme pudiera...
pero estais de mal humor;
voy á proseguir mis cuentas.

BRUNO. Te prevengo que en dos dias
no me enseñes ni una letra.

MARQUINA. Está bien... sereis servido. (*Se va.*)

BRUNO. Me consume la paciencia;
él es honrado... es verdad,
es un montañés de prueba,
pero esa honradez maciza
á veces tiene sus quiebras.

ESCENA II.

DON BRUNO. DOÑA INÉS.

INES. ¿Qué es lo que ha pasado, Bruno,
que Marquina va enojado?

BRUNO. Que es fastidioso, es pesado,
es regañon, importuno...

INES. Pero merecen aprecio
su honradez, su aplicacion.

BRUNO. En eso tienes razon;
pero es á veces muy necio.

INES. Son amargas las verdades,
ninguno quiere escucharlas,
y por eso bautizarlas

solemos de necedades.

BRUNO. Inés, estás insultante.

INES. Don Bruno, soy vuestra esposa.

BRUNO. La razon es poderosa,
me convences... adelante.

INES. Estoy, sí, de mal humor,
me tienes muy enojada.

BRUNO. ¿Pues en qué te ofendo?

INES. En nada.

BRUNO. No lo entiendo... esto es mejor.

INES. Tú no cuidas de la casa
aunque la casa se hundiera;
si por Marquina no fuera...

BRUNO. Pero Inés, ¿qué es lo que pasa?

INES. Que nunca tus buques ves,
que no ves tus mercancías,
que pasan dias y dias...

BRUNO. ¿Pero á qué viene eso, Inés?

INES. Cuando mi mano te dí,
no fué solo como amante,
te queria comerciante,
y hacer mi dicha creí.
No queria yo tener
tan filósofo marido,
porque á haberlo asi querido
no faltára en que escoger.
En Salamanca, en Valencia,
en Sevilla, en Alcalá
barriendo las calles va,
como quien dice, la ciencia.
Has dadó en filosofar,
quieres ser otro Rouseau,
un Wasington... qué se yó.

BRUNO. Esposa... ¿quieres callar?

INES. No quiero callar, esposo,
que soy, Bruno, tu muger,
y nunca llego á tener
ni distraccion ni reposo.
Girar letras en tu nombre...
todo pesa sobre mí,
de modo, Bruno, que aqui
tú eres la muger, yo el hombre,

y me voy cansando ya
de este oficio de varon:
Bruno, mas aplicacion,
ó la casa se hundirá.

BRUNO. ¿Has acabado, querida?

INES. Sí señor, he acabado.

BRUNO. Marido mas obsequiado
no se habrá visto en la vida.
Dejo aparte el interes
y el amor que la guió
cuando conmigo se unió
mi señora doña Inés.
Me querias comerciante,
y á mi comercio aplicado,
de no, te hubieras casado,
Inés, con un estudiante;
tranquila hubieses vivido,
y letras no girarías,
porque todas las tendrias
en los libros del marido.
Te habré de compadecer,
y porque mi afecto veas
quiero, Inés, que libre seas.

INES. Pues yo no lo quiero ser;
quiero en el mundo vivir
cual corresponde á mi clase.

BRUNO. Cuando el enojo se pase...

INES. Me harás entonces reir.

ESCENA III.

DICHOS. DON ANSELMO.

INES. Llegais á buena sazon.

ANSELMO. Mas vale llegar asi.
(*Ap.* Pues Rosita no está aqui,
no perdamos la ocasion.)
Quisiera hablar de un asunto
sencillo á la vez y grave;
grave por ser cosa mia,
y por lo demas muy facil.

BRUNO. Esplícate claro, Anselmo,

lo que yo te aprecio sabes,
y que amigos desde niños
lo somos inseparables.

ANSELMO. Esa amistad es mi gloria;
pero, Bruno, en este instante
esa gloria es mi martirio,
pues temo que al declararme
la amistad de tantos años
venga, tal vez, á turbarse.

BRUNO. ¡Turbarse!

INES. ¿Qué dice usted?

ANSELMO. Que debe usted perdonarme
si lo que voy á decir
le parece un disparate.
No quiero ya mas viudez...
estoy resuelto á casarme.

INES. En eso no hay nada malo.

BRUNO. ¿Y con quién?

ANSELMO. (*Ap.* Aqui entra el lance;
se me seca el paladar,
y se me enciende el semblante,
y... pues señor, fuera miedo.)
Si Rosita me apreciase...

INES. ¿Con Rosita?

ANSELMO. Sí señora.

BRUNO. El asunto es serio, es grave.

ANSELMO. Ya te lo decia yo.

BRUNO. No me opongo, no, á ese enlace,
pero tu edad...

ANSELMO. Ahi está.

INES. Pues... la edad... ese es el diantre.
En lo demas... si Rosita
entrára en ello... y... ¿quién sabe?
(*Ap.* Confieso que no esperaba
declaracion semejante.)

ANSELMO. Para que ustedes mediten
permítanme retirarme. (*Se va.*)

ESCENA IV.

DON BRUNO. DOÑA INÉS.

BRUNO. ¡Jesus! ¡el bueno de Anselmo

mire usted por dónde sale!
Es imposible que Rosa...
¡pues si puede ser su padre!

INES. Y aun su abuelo.

BRUNO. Tanto no,
pero le va á los alcances.

INES. Otros mas viejos se casan
y suelen luego llenarse
de sucesion que es un gusto,
mas esto no es lo probable.
¿Qué dices, Bruno?

BRUNO. ¿Yo...? nada;
si ella quiere, que se casen,
yo deseo hacerla libre,
yo no tiranizo á nadie;
si lo elige por marido
seré suegro por mi parte:
á tu cuidado lo dejo,
díselo, pues ella sale. (*Se va.*)

ESCENA V.

ROSA. DOÑA INÉS.

INES. ¿Qué hacías, Rosa?

ROSA. Bordando.

INES. ¿Qué bordabas?

ROSA. Una flor;
pero hace tanto calor
que ya me estaba angustiando.

INES. Tengo que hablarte, Rosita.

ROSA. ¿A mí...? ¿de qué?

INES. No te alteres;
es asunto de mugeres.

ROSA. (*Ap.* ¿Si sabrá...? ¡Vírgen bendita!

INES. Hay quien te pretende.

ROSA. ¿A mí?
(*Ap.* Vírgen Santa, ¿quién será?)

INES. Sí; y enamorado está.

ROSA. ¿De mí, señora?

INES. De tí.

ROSA. (*Ap.* ¿Se habrá atrevido García

á pedir mi mano?) ¿ Y quién...

INES. Despacio, que no está bien
tanta impaciencia, hija mia.
Es García, nuestro amigo.

ROSA. (*Ap.* Él es... mi rendido amante:
ya llegó el feliz instante...)

INES. Quiere casarse contigo;
¿ qué dices ?

ROSA. Si sois gustosa,
si padre contento está...
lo que usted quiera, mamá...
bueno, yo seré su esposa.

INES. ¿ Y de corazon lo dices?

ROSA. Yo... me parece que sí.

INES. Pues agradándote á tí,
Dios os haga muy felices.
Mas sin embargo, medita,
que el asunto es delicado.

ROSA. Ya lo tengo meditado.

INES. ¿ Y tú le quieres, Rosita?

ROSA. Yo... me parece que sí.

INES. Su facha ¿ no te estremece?
Rosa, ¿ galan te parece?

ROSA. Mamá, me parece asi.

INES. Estraño gusto, por Dios;
mas delicada es tu madre;
voy á decir á tu padre
que estais conformes los dos. (*Se va.*)

ESCENA VI.

ROSA.

Cuando no lo imaginaba
miro mi dicha llegar;
¿ por qué mi dicha tardaba?
si declararse pensaba
¿ por qué conmigo callar ?
¡ Qué reservado es García!
nada me quiso decir;
quizá vergüenza tendria,
ó tal vez recelaria

mal de su empeño salir.
Su padre consentirá,
es hijo obediente, honrado,
y cuando tal paso da,
ya de antemano estará
por su padre autorizado.
Como el mendigo es amor
que frisando con la muerte,
en el lecho del dolor
teme espirar al rigor
de su desgraciada suerte;
y cuando menos lo espera
mano que llegar no ve,
cambia en suerte lisonjera
esa suerte lastimera
que su pesadilla fué.

ESCENA VII.

MATILDE. ROSA.

MATILDE. Estás muy contenta, Rosa;
me alegro de verte asi.
¡Cuándo, prima, querrá el cielo
que mis penas tengan fin!
ROSA. No desconfies, Matilde,
aprende, prima, de mí,
que cuando esperé mi daño
me vengo á encontrar feliz.
Como la azucena he sido,
que su aroma al esparcir,
temiendo á la escarcha ruda
se encogió dentro de sí,
y en vez del hielo que mata
vió prolífico lucir
sobre su tímido caliz
el sol hermoso de abril.
MATILDE. Luego don Juan...
ROSA. Sí, don Juan
á mis padres habló al fin.
MATILDE. ¿Y qué le han dicho tus padres?
ROSA. Le han dicho, prima, que sí.

MATILDE. ¿Don Juan te lo dijo?
ROSA. No.
Quien me lo vino á decir
fué mi madre.
MATILDE. Estraño caso.
ROSA. ¿Pues qué de estraño hay aqui?
MATILDE. Que seas tan venturosa
mientras yo tan infeliz.
ROSA. ¿Qué sabes de Carlos?
MATILDE. Nada.
ROSA. Cierto que dejarte asi...
MATILDE. Amante perjuro y falso;
pero diestro en seducir...
maldigo el aciago instante
en que yo le conocí.
Tú lo sabes... ¡Cuántas noches
á las rejas del jardin
puso al cielo por testigo
de un amor que yo creí!
Inocente, le queria
con ardiente frenesí,
que la inocencia no sabe
ni sospechar ni mentir.
Despues... ¡ingrato...! me deja,
se olvida despues de mí,
y tal vez en otros brazos...
el cielo le haga feliz,
mientras yo muriendo, acabo
de llorar y de sufrir.
ROSA. No asi te aflijas, Matilde,
ni desesperes asi;
quizá cuando menos pienses
tengan tus pesares fin.

ESCENA VIII.

DICHOS. BLASA.

BLASA. (*A Rosa.*) ¿Con que estais de parabien?
ROSA. ¿Por qué me lo dices, Blasa?
BLASA. Me han dicho que usted se casa.
ROSA. ¡Con que eso te han dicho! ¿y quién?

BLASA. No se dice el pecador;
me alegran mucho las bodas;
¡si nos casaramos todas
las que tenemos amor...!

MATILDE. ¿Amor tú?

BLASA. Amor pasagero;
¡como tambien soy muger!
pero mi amor viene á ser
asi... un amor volandero,
amor de escalera abajo,
de polo, fandango y jota,
amor què germina y brota
al compas del estropajo.
Yo no amo asi, á la romántica
con ese amor sepulcral;
seguro, me daba un mal
al mirarme nigromántica
ó en lechuza convertida,
esperando á la oracion
para esclamar "¡maldicion!"
entre huesos escondida.
Si hay ese estilo por fuera,
en el norte ó por allá,
en esas tierras será
el amor de otra manera.
Y si de esa tierra fria
viniese un amor tan feo,
se convirtiera en jaleo
al pisar Andalucía.
Que no consiente el calor
ni este sol que brilla aqui,
esas tristezas de alli
ni ese congelado amor.
Si los témpanos de hielo
pudiesen sentir y amar
se habian de enamorar
cual las gentes de ese suelo.
Con el vestido á la Duende,
tan ancho y largo que pasma,
¡Jesus! parece fantasma
una señora de allende.
Vestidos tan luengos son,

por los suelos arrastrando,
penitentes demandando
de sus culpas el perdon.
Una pierna bien formada
sobre delicado pié,
y entre si se ve, y no ve,
es cosa muy resalada;
y una mantilla española
es mantilla sin segunda,
que en esto de la sandunga
mi tierra se pinta sola.
Y no esos gorros faroles,
esos malditos sombreros,
quita-nieves estrangeros
y en España quita-soles.

ROSA. Siempre estás de buen humor.

BLASA. Es porque nunca me quejo.

ROSA. A Dios, Matilde; te dejo.

MATILDE. ¿Dónde vas?

ROSA. Al tocador. (*Se va.*)

ESCENA VIII.

MATILDE. BLASA.

BLASA. ¡Cuánto he sabido de Carlos!
¡Ay señora! es un bribon.

MATILDE. ¿Qué has sabido?

BLASA. ¡Friolera!
que está perdido de amor...
¿Por quién dirá usted, señora?

MATILDE. Acaba pronto, por Dios.

BLASA. Vamos... parece imposible;
por la viuda de un patron.

MATILDE. ¿Cómo patron?

BLASA. Capitan,
ó piloto, ó qué sé yo;
uno de esos que en los buques
hace oficio de mandon.

MATILDE. No es posible... eso es calumnia...

BLASA. ¿Y calumniaria yo?
Lo sé de cierto, señora.

Anoche mismo los dos
se estaban diciendo amores
mano á mano en un balcon.

MATILDE. ¿Y quién te lo ha dicho?

BLASA. ¿Quién?
Me lo ha dicho el que los vió.

MATILDE. Eso, Blasa, no es posible;
sería equivocacion.

BLASA. Repito que era don Carlos.

MATILDE. Pues yo repito que no.

BLASA. ¿Por qué?

MATILDE. Porque no está en Cádiz.

BLASA. Como lo estamos las dos.
Lo del embarque fué falso;
don Carlos no se embarcó.

MATILDE. ¿Está en Cádiz?

BLASA. Que lo diga
la viudita del patron.

MATILDE. ¿Es posible?

BLASA. Sí, señora.

MATILDE. ¿Tambien eso? ¡Santo Dios!
¡A un desaire otro desaire,
á un baldon otro baldon!
¿Para tantas amarguras,
cielos, qué pude hacer yo?
¿Pero de cierto lo sabes?

BLASA. Marquina llega, chiton.

MATILDE. Despues hablaremos, Blasa;
ardiendo en ira me voy. (*Se va.*)

ESCENA IX.

MARQUINA. BLASA.

BLASA. Señor Marquina...

MARQUINA. Señora...

BLASA. ¿De cuándo acá tan cortés?

MARQUINA. (*Ap.* Esta Blasilla es muy linda,
pero es el mismo Luzbel.
Estar uno tantos años
asi, solo, sin muger,
es una vida tan triste...)

BLASA. ¿En qué está pensando usted?
MARQUINA. ¡Si tú lo supieras, Blasa...
BLASA. Pues yo lo quiero saber.
MARQUINA. Pues yo no quiero decirlo.
BLASA. ¡Válgame Dios! ¿y por qué?
MARQUINA. ¿Por qué? porque yo me entiendo...
porque al fin eres muger.
BLASA. Y desgraciada.
MARQUINA. ¡Muchacha!
¿Y tú desgraciada?
BLASA. Pues.
Siempre sirviendo y soltera...
MARQUINA. ¿Y qué edad puedes tener?
BLASA. Estoy en los veinte y dos.
MARQUINA. La flor de la doncellez.
BLASA. Pero las flores se secan.
MARQUINA. Y los abrojos tambien.
¡Si yo tuviera tus años!
BLASA. Pero teneis robustez.
MARQUINA. Eso sí... lo que es robusto...
BLASA. Bastante fresca la piel...
MARQUINA. Ya se va apergaminando.
BLASA. Pero aun dice lo que fué.
MARQUINA. (*Ap.* Esta muchacha me adula;
¿si quizá le gustaré?
Pudiera ser un capricho
de esos raros que se ven.)
¡Oh! cuando yo era estudiante
tenia buen parecer;
pero el trabajo y los años...
es natural, ya se ve,
con todo acaban, Blasilla.
BLASA. ¿Tan acabado está usted?
MARQUINA. No quiero decir con esto
que me agobie la vejez;
aun me pudiera casar
y... ¿qué sabemos? tal vez...
Blasilla, ¿qué me aconsejas?
¿debo yo buscar muger?
BLASA. Si... como soy doncellita
no entiendo esas cosas bien.
MARQUINA. ¿Me buscarías la novia?

BLASA. ¡Yo...! buscarla... podrá ser...
mas si á usted no le gustaba...
luego... ¿quién sabe...? despues...

MARQUINA. Blasilla, no me comprendes.

BLASA. Algo le comprendo á usted.

MARQUINA. ¿Pero lo comprendes todo?

BLASA. ¿Pues no lo he de comprender?

MARQUINA. ¿Luego serías mi esposa?

BLASA. ¡Yo ser esposa...! ¿de quién?
¿de un señor tan respetable?
¡Ay Jesus! no puede ser.
(*Ap.* Este desaire fingido
le hará rendirse á mis pies.)

MARQUINA. ¿Y tú me desairas, Blasa?
Tienes razon... Está bien...
corrido voy de vergüenza. (*Se va.*)

BLASA. ¿Os vais, Marquina...? se fué.
¡Pobrecillo...! él volverá;
claro... ¿pues no ha de volver?

ESCENA X.

DON JUAN. BLASA.

BLASA. Señor don Juan, muy felices:
se alegra la casa toda.
Y, vamos, ¿cuándo es la boda?

JUAN. ¿Qué boda es esa? ¿qué dices?

BLASA. ¡Pues si todos lo sabemos!
¡Válgate por hombres graves!

JUAN. ¿Pero qué es eso que sabes?

BLASA. ¡Vaya...! lo repetiremos.
Que mi señorita Rosa
adora á don Juan García,
y que ya ha llegado el dia
que tanto anhelaba ansiosa.
Que usté á sus padres habló,
que le oyeron con agrado,
que despues han meditado,
y la boda se acordó
con urgente brevedad;
y si aun os parece poco...

JUAN. Habrás de volverme loco;
¡si nada de eso es verdad!
BLASA. ¡Jesus! ¡y qué vergonzoso!
Compadezco vuestro amor;
á todo teneis temor,
¡qué jóven tan pudoroso!
Como le conozco á usted
tan tímido y encogido,
apenas hube sabido
su resolucion, dudé,
porque amante que, en su mengua,
un año pasa en mirar
y hace á los ojos tomar
el oficio de la lengua,
y que á no ser por mi arrojo
tendria su amor guardado
dentro del pecho, y cerrado
con tres llaves y cerrojo,
si alguna vez se declara
hace dudar su temor
si habrá tenido valor
de decirlo cara á cara.
JUAN. Nunca me hubiese atrevido.
BLASA. ¿Y quién habló por usté?
¿Quién se declaró?
JUAN. No sé.
BLASA. Pues aqui hay gato escondido.
JUAN. ¡Como no haya sido Rosa!
BLASA. ¡Buena salida por cierto!
para declararse á un muerto
mi señorita es famosa.
Se han juntado ustedes dos,
pero dos tan vergonzosos,
que llegar á ser esposos
será un milagro de Dios.
En el mundo la vergüenza
no es género de salida,
fruta que ya está podrida
cuando el mercado comienza.
Es diamante el vergonzoso
que cuando empieza á lucir,
suele sus luces cubrir

en torrente cenagoso;
y alli en el cieno sumido
eternamente quedara,
si de alli no le sacara
la mano de un atrevido.

JUAN. Pero, Blasa, ¿hablas de veras?

BLASA. Es cierta la boda. ¡Hay cosa!

JUAN. ¿Y no podré hablar á Rosa?
Blasilla, ¿si tú quisieras?

BLASA. ¿Tiene usted miedo de mí?
¡qué jóven tan temeroso!
Sígame usted, vergonzoso.

(*Don Juan se dirige á la puerta del centro, y Blasa, señalándole la de la derecha, le dice:*)

No es por ahi... es por aqui.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Casa de don Bruno.

ESCENA PRIMERA.

MARQUINA.

MARQUINA. ¡Qué inquietud! ¡qué agitacion!
mi cabeza es un volcan...
me avergüenzo de pensarlo...
¿quién lo dijera...? ¡á mi edad
enamorado encontrarme
y despreciado, que es mas!
Aquel desaire de Blasa
en vez del fuego apagar,
vino á encender en mi pecho
la llama en que ardiendo está;
que amor si sufre desaires
de tierno y débil rapaz,
se convierte en un gigante
para poderlos vengar;
pero ¿cómo ha de lograrlo
si se venga amando mas?
De mí mismo estoy corrido...
mi grave formalidad
en unos ojos traviesos
se vino al fin á estrellar.
Preciso es poner enmienda,
preciso... resuelto está...
desde este momento mismo
me voy de Blasa á olvidar.

ESCENA II.

MARQUINA. BLASA.

BLASA. ¡Qué triste! ¡qué cabizbajo!
¿Le duele á usted la cabeza?
MARQUINA. (*Ap.* Ya el pecho á latir empieza...
pues, señor, es un trabajo.)
Sí... siento cierto dolor,
un disgusto... un mal estar,
que no sé cómo llamar.
BLASA. ¿Si tendrá usted mal de amor?
MARQUINA. (*Ap.* Lo conoce... es el demonio...
burlarse de mí procura.)
BLASA. Pero ese mal tiene cura.
MARQUINA. ¿Y cuál es?
BLASA. El matrimonio.
MARQUINA. ¿Quién se habia de casar
conmigo ya?
BLASA. Una muger.
MARQUINA. ¿Cómo habia de querer...?
BLASA. Todo en eso es empezar;
no sois tan mala figura,
y ademas el primer don
es la ciencia en el varon,
en la muger la hermosura.
Usté es un hombre aplicado,
un hombre ya de esperiencia...
MARQUINA. Pero me falta la ciencia,
que es ese don tan preciado.
BLASA. Sabe usted su obligacion...
MARQUINA. No sé qué te diga, Blasa.
BLASA. Tantos años en la casa...
MARQUINA. (*Ap.* Otra vez á la cancion.
Yo me vuelvo á declarar,
pero ha de ser de manera
que aunque desairarme quiera
no me pueda desairar.)
Pocas horas há te hablé,
Blasilla, de casamiento,
asi, por via de cuento.
Todo aquello broma fué;

tampoco tú lo creiste,
¿no es verdad...? es cosa clara,
y por lo mismo en mi cara
un *no* redondo me diste.
Pero hablando formalmente,
por tí estoy interesado,
y darte esposo he pensado;
¡pero qué esposo! escelente.

BLASA. Yo... no me quiero casar.
(*Ap.* Esto lo dice por él;
conviene darle cordel.)
Señor Marquina, mandar. (*Se va.*)

MARQUINA. ¡Pues me ha dejado lucido!
Si mas claro me esplicara,
¡miren qué lindo quedara!
este es asunto perdido.

ESCENA III.

MARQUINA. DON BRUNO.

BRUNO. Me alegro de hallarte aqui.
MARQUINA. ¿Pues qué hay?
BRUNO. Que se casa Rosa.
MARQUINA. ¿La señorita se casa?
¿Pero cómo?
BRUNO. Como todas.
MARQUINA. ¿Pero con quién?
BRUNO. Con un hombre.
MARQUINA. Esa es respuesta redonda,
y convincente ademas.
BRUNO. Nada saberlo te importa.
Yo necesito dinero;
es preciso que la boda
se haga con esplendidez,
con aparato, con pompa.
MARQUINA. Eso es corriente, señor:
¡pues no faltaba otra cosa!
yo que dirijo la casa
sabré dejarla con honra.
Lo malo es el numerario;
recursos, crédito sobran,

¡pero sois tan gastador!
permitidme una vez sola
que hable la verdad desnuda...

BRUNO. Sandeces tuyas... tus cosas...
no quiero escuchar verdades.

MARQUINA. Pues señor, ruede la bola;
sois el amo, yo el criado,
solo obedecer me toca:
¿Y para cuándo?

BRUNO. Al instante.

MARQUINA. ¿Pero ahora mismo?

BRUNO. Ahora.

MARQUINA. (*Ap.* Eso sí... si no hay dinero,
que Marquina se componga.)
Está bien... voy á serviros.
(*Ap.* Adelante y arda troya.) (*Se va.*)

ESCENA IV.

DON BRUNO.

Este Marquina es buen hombre;
me tiene muy descansado;
él es activo, es honrado,
es el que manda en mi nombre;
pero lo hace de tal modo,
con tan nimia exactitud,
que un hombre de su virtud
no le habrá en el orbe todo.

ESCENA V.

DON BRUNO. DOÑA INÉS.

INES. Don Anselmo está asombrado,
está loco de placer;
dice que no puede haber
hombre mas afortunado;
que nuestro esclavo será,
que si rodar le mandamos,
porque ese gusto tengamos
de cabeza rodará;

que cuanto tiene es de Rosa,
que es un angel... qué sé yo,
la cabeza me aturdió
como dijo tanta cosa.

BRUNO. ¡Pobre García...! en su edad
el amor es ya chochez,
que el amor y la vejez
hacen mala vecindad.
Yo no lo hubiera creido
á no verlo.

INES. Yo tampoco;
pero, vamos, está loco,
está por Rosa perdido.

BRUNO. No me cabe en la cabeza
que Rosa quiera á García,
á un anciano.

INES. Esa es la mia;
es no solo una rareza,
es hasta una atrocidad;
de estas niñas que hay ahora
ya ninguna se enamora
como allá en la antigüedad.
¡Oh! cuando yo te queria
estabas buena figura...
¡qué robustez! ¡qué frescura!
¡qué espresion! ¡qué gallardía!
¿Te acuerdas, Bruno?

BRUNO. Me acuerdo.
¡Ojalá no me acordara!
que asi no me atormentara
ese lúgubre recuerdo;
que aunque filósofo soy,
no deja de entristecer
eso que fuimos ayer
viendo lo que somos hoy.
Ya mañana no seremos,
que pasa muy de corrida
este sueño de la vida...
pero si es sueño, soñemos.

INES. Mejor es, Bruno, soñar,
y soñar alegremente,
que afligirse inútilmente

al quererse despertar;
mas hablemos de otra cosa.

BRUNO. Dices bien... dejemos esto.

INES. Dime, Bruno, ¿qué has dispuesto
para el enlace de Rosa?

BRUNO. Lo que tú quieras se hará.

INES. En tan solemne ocasion
debe haber ostentacion.

BRUNO. Pues ostentacion habrá.
Ya Marquina está enterado;
ha recibido orden mia.

INES. Apura tanto García
que todo va arrebatado;
y no sé cómo ha de ser
casarse tan de repente.

BRUNO. Es Anselmo diligente,
él sabrá lo que ha de hacer.
Libertad en el obrar,
esta, Inés, es mi divisa;
¿prisa quieren...? haya prisa;
¿que se pare...? pues parar.

INES. A todo te avienes, Bruno,
menos á tomar consejo.

BRUNO. En ese punto no dejo
que me domine ninguno.
Yo tengo acá mi opinion,
conozco al género humano,
y si le tiendo una mano
de amorosa compasion,
si su bienestar deseo,
no sufro por eso, no,
que me enseñen lo que yo
por mis propios ojos veo.
Pues que yo sé discurrir,
pues que yo debo enseñar,
si suelo consejos dar
no los quiero recibir.
No es orgullo, es conviccion.

INES. Errada conviccion es.

BRUNO. Tú no entiendes de eso, Inés.

INES. ¡Ya se ve! tu ilustracion...

BRUNO. No lo echemos á perder;

no me gusta disputar...
voy mis órdenes á dar;
te dejo... tengo que hacer. (*Se va.*)

INES. Es preciso... sí señor,
derramar mucho dinero;
lo primero es lo primero...
se interesa nuestro honor.

ESCENA VI.

DOÑA INÉS. DON ANSELMO.

ANSELMO. ¡Jesus! ¡Jesus...! loco estoy;
medio Cádiz he corrido;
la fé de casado y viudo,
tambien la fé de bautismo...

INES. ¿Y cuántos años teneis?

ANSELMO. Tendré... unos cincuenta y cinco;
yo nací el año cuarenta,
no de este, del otro siglo.

INES. ¿Pues cómo puede ser eso?

ANSELMO. ¡Si no sé lo que me digo!
Creo que nací... indudable,
el noventa... pues... de fijo,
ello yo saqué la suma
y salen cincuenta y pico.

INES. Es buena edad todavía.

ANSELMO. Ademas estoy rollizo,
bueno... bueno... estoy famoso...
aun me quedan dos colmillos,
uno arriba y otro abajo...
es verdad que estan solitos
y que no hay muelas, mas tengo
donde estuvieron el sitio.

INES. Algo es algo.

ANSELMO. ¡Ya se ve!
Yo masco como un chiquillo,
y siendo asi cosa dura
me la trago sin sentirlo.
La tos me molesta, es cierto,
pero tengo un malvavisco
que hace milagros, famoso,

y un jarabe de lo lindo.
El asma, es verdad, á veces
me da unos ratos malditos,
mas yo creo que es calor,
irritacion del galillo...
sangre, vigor, robustez...
achaques del solterismo.

INES. ¿Pues qué ha de ser...? cosa clara.

ANSELMO. Temperamento sanguíneo.
Desde ayer siento en mi máquina
cierta vida, cierto brío...
me voy á volver muchacho
cuando nazca el primer niño.
¡Qué delicia! ¡qué monadas!
¡qué gracioso el angelito!
¡Y qué rubio y qué robusto,
y qué gracioso y qué vivo!
Será la envidia de Cádiz,
y se llamará Anselmito.
Por supuesto, todo al padre...
todo á mí... retrato mio...
juro estar siempre á su lado
no se me desgracie el chico.

INES. (*Ap.* Mi yerno está de remate:
el buen hombre pierde el juicio.)

ANSELMO. ¿Y Bruno?

INES. Está en su despacho.

ANSELMO. Pues no hay remedio, es preciso
que le veamos.

INES. ¿Los dos?

ANSELMO. Y en este momento mismo.

INES. Como gusteis.

ANSELMO. Mi señora...
(*Ofrece el brazo á doña Inés.*)

INES. Haceis un yerno muy fino. (*Se van.*)

ESCENA VII.

MARQUINA, con unos pliegos en la mano.

MARQUINA. ¡Jesus mil veces! ¡Jesus!
¡qué desgracia, Santo Dios!

¡todo en un dia...! ¡y qué dia!
no sé qué hacer... loco estoy.
¡Todo... todo se ha perdido...
para siempre se perdió...!
Las fuerzas me faltan ya
y me abandona el valor.
¡Cuando lo sepa don Bruno,
cuando lo sepan los dos,
cuando el comercio lo sepa...!
Yo no se lo digo... no...
pero es preciso decirlo...
¡Dios mio! ¡qué agitacion!

ESCENA VIII.

MATILDE. MARQUINA.

(*Marquina guarda los pliegos.*)

MATILDE. Está usted muy alterado...
¿Se siente usted indispuesto?
MARQUINA. Señorita... sí... es verdad...
tengo... no sé lo que tengo...
quisiera...
MATILDE. ¿Qué quiere usted?
MARQUINA. Confiaros un secreto.
MATILDE. ¡Un secreto!
MARQUINA. Pero horrible.
MATILDE. Pues no, no quiero saberlo.
MARQUINA. Es preciso.
MATILDE. ¿Vive Carlos?
MARQUINA. Sí señora... mas no es eso:
el asunto no es de amores;
es un asunto mas serio.
MATILDE. Esplíquese usted.
MARQUINA. Acabo
de recibir el correo,
y antes de que yo le viese
plegue á Dios me hubiera muerto.
MATILDE. ¿Pues qué dice?
MARQUINA. Es cuento largo;
pero en conclusion, sabedlo:
que esta casa acabó ya

de ser casa de comercio.

MATILDE. ¡Cómo!

MARQUINA. Todo se ha perdido.

MATILDE. ¡Qué desgracia, santos cielos!

MARQUINA. La quiebra es inevitable.

MATILDE. ¿Qué dice usted?

MARQUINA. No hay remedio.

MATILDE. Pero mi tio ¿lo sabe?

MARQUINA. Ese es mi mayor tormento,
que lo ignora, y yo decirlo
ni sé cómo ni me atrevo.

MATILDE. Pues yo tampoco... ni á Rosa,
que está loca de contento,
porque mas feliz que yo,
en las aras de himeneo
debe ser esposa hoy mismo
del que idolatra su pecho.

MARQUINA. Decís bien... si ella supiese...

ESCENA IX.

DICHOS. ROSA.

ROSA. Gracias á Dios que te encuentro.

MATILDE. ¿Me buscabas?

ROSA. Te buscaba,
porque consultarte quiero
qué flores me irán mejor.

MATILDE. ¡Qué flores, prima! eso es bueno;
para adornar á una rosa
ninguna flor tiene mérito.

ROSA. ¡Lisonjera...! ¿No es verdad... (*A Marquina.*)
¡Válgame Dios, y qué serio!
Hoy es dia de alegrarse...
¿qué tiene usted?

MARQUINA. Nada tengo.

ROSA. No venga usted con tristezas.
Matilde, ¿sabes qué pienso?
que Marquina y yo rompamos
el baile: ¿es verdad?

MATILDE. Lo apruebo.

ROSA. Y usted, Marquina, ¿qué dice?

MARQUINA. Que soy muy torpe y muy viejo
y no sé bailar.

ROSA. No importa.
Hoy mando yo... yo lo quiero,
habeis de bailar conmigo.

MARQUINA. Si lo mandais, obedezco.
(*Ap.* Se me parte el corazon
y contenerme no puedo...
¡Inocente! ¡qué alegría!
¡Infeliz...! la compadezco.) (*Se va.*)

ESCENA X.

ROSA. MATILDE.

ROSA. Mi pecho, Matilde,
se anega en placer.
¿Por qué no te alegras
como yo?

MATILDE. ¿Por qué?
(*Ap.* Ni sé qué decirla,
ni escusarme sé.)
Si yo estoy alegre...
Rosa, ¿no lo ves?

ROSA. No encuentro en tus ojos
lo que ansío ver;
los hallo turbados,
llorosos tal vez;
impreso en tu rostro,
Matilde, se ve
de un hondo tormento
el sello cruel.
¡Qué pérfido Carlos!
Hay hombres sin fé,
que sienten amores...

MATILDE. No hablemos ya de él.

ROSA. No es de esos García,
ni nunca lo fué;
feliz para siempre,
feliz voy á ser.

MATILDE. El cielo permita
no turbe tu bien

del mundo engañoso
la copa de hiel.

ROSA. Soy rica.

MATILDE. No importa.

ROSA. Amada.

MATILDE. Tambien.

ROSA. ¿Quién puede...?

MATILDE. El destino;
la suerte, que ayer
meció nuestros dias
en dulce vaiven,
pudiera mudarse
mañana tal vez,
y en triste amargura
cambiar el placer.

ROSA. ¡Jesus qué presagio!
¿Y á qué viene? ¿á qué?
¿No me ama García?
¿no le amo yo á él?
Hoy mismo es la boda,
¿qué puedo temer?
Me quieres, te quiero;
nos casan y amén.

MATILDE. (*Ap.* Debiera decirle...
mas no... callaré;
momentos siquiera
dilate su bien;
mejor es dejarla.)

ROSA. ¿Te vas!

MATILDE. Volveré. (*Se va.*)

ESCENA XI.

ROSA.

¡Qué abatida! ¡qué angustiada!
No es sombra de lo que fué...
es la muger despreciada
rosa del rosal cortada
para deshojarla al pié.
Por mas que alegrarla intento
nada logro y me fatigo;

que tiene un remordimiento
y ese angustioso tormento
le lleva siempre consigo.

ESCENA XII.

ROSA. DON JUAN.

ROSA. (*Ap.* ¡García...! ¡Válgame Dios!
Ya comienzo yo á turbarme.)
JUAN. (*Ap.* ¿A que no acierto á esplicarme?
¡Buenos estamos los dos!)
Señora...
ROSA. Muy bien venido.
JUAN. Muchas gracias, señorita.
(*Ap.* Por la vergüenza maldita
me tengo de ver perdido.)
ROSA. Como sois tan vergonzoso...
(*Ap.* Todavía es mas que yo)
mucho mi amor receló...
JUAN. Es amor muy receloso.
¿Qué pudísteis recelar?
ROSA. No lo sé... caprichos mios,
niñerías, desvaríos...
no me atrevo á declarar.
JUAN. (*Ap.* Ni yo tampoco.) ¿Por qué?
ROSA. Qué sé yo... me da vergüenza.
JUAN. ¿Y no habrá razon que venza
esa timidez?
ROSA. No sé.
Hoy nos hemos de casar.
JUAN. ¿Qué decís?
ROSA. ¿No lo sabeis?
JUAN. Es verdad... razon teneis.
ROSA. ¿Lo pudísteis olvidar?
Don Juan, eso es un agravio.
JUAN. Decís bien... mas no es olvido,
ni ofenderos ha querido
con tal pregunta mi labio.
No quise agraviaros, no,
y solo quise decir...
(*Ap.* No sé por dónde salir:

¿habrá necio como yo?)
Sí señora... soy dichoso,
el mas feliz de la tierra...
el universo no encierra...

ROSA. Un hombre mas vergonzoso.
Tanta vergüenza está mal
en un hombre, y como vos;
mas que amante, vive Dios
que pareceis criminal.

JUAN. Un crimen conmigo llevo,
que es el que me hace penar,
y al fin habré de pagar,
pues ser castigado debo...

ROSA. ¿Y cuál es?

JUAN. Tanto cariño
y tener tanta vergüenza.

ROSA. (*Ap.* ¡Gracias á Dios que comienza
á soltarse á andar el niño.)
¿Y qué tal...? ¿se pasa ya?

JUAN. Creo que se va pasando.
(*Ap.* De amor me estoy abrasando;
ardiendo mi pecho está.)

ROSA. Tambien yo creo, García,
que ha llegado ya el momento
de hablarnos sin cumplimiento.

JUAN. (*Tomándole una mano.*)
Tienes razon, Rosa mia.

ROSA. Suelta... ¡Jesus! (*Ap.* Ya salió
de la cuna el vergonzoso;
¡qué forzudo y qué fogoso!)

JUAN. ¿Te oprimí?

ROSA. Creo que no.

JUAN. ¿Y serás feliz conmigo?

ROSA. ¿No lo ves?

JUAN. Creo que sí.

ROSA. ¿Y tú con tu Rosa, di?

JUAN. Seré el mas feliz contigo.

ESCENA XIII.

DICHOS. BLASA.

BLASA. Mi señora doña Inés

está esperando á Rosita.

ROSA. ¿Y qué me quiere?

BLASA. Lo ignoro,
pero á buscaros me envia.
Ahi está con don Anselmo,
con papá...

ROSA. ¡Vírgen Purísima!
Esos señores de edad
nos causan miedo á las niñas.
¿Y no presumes...?

BLASA. Presumo
que el objeto de esta cita
paternal y cariñosa
ha de ser... la orden del dia.

JUAN. ¿Y mi padre?

BLASA. Vuestro padre
de puro placer delira.

JUAN. (*Ap.* Sin haberme dicho nada...
yo no comprendo este enigma.)
¿Se trata de nuestro enlace?

BLASA. ¿De qué tratarse podria?
Y segun he percibido
la boda ha de ser magnífica,
mucho gasto, mucha pompa,
gran convite en una quinta,
en suma, todo á lo grande
cual conviene á gente rica:
de gozo los pobres viejos
no caben en la camisa.

ROSA. ¡Me quieren tanto! — ¿Y qué dice
tu padre de esto, García?

JUAN. ¿A mí...? no me ha dicho nada.

ROSA. Tanta reserva me admira.
¿Ni una palabra?

JUAN. Ni media.

ROSA. ¿Y qué intenta? ¿qué medita?
No entiendo...

JUAN. Ni yo tampoco.

BLASA. Pues la cosa es bien sencilla.
Lo que intenta es sorprenderle
con el logro de su dicha;
sabe que sois vergonzoso,

vuestro cariño adivina,
y como el cielo á las plantas
que el fuego del sol marchita
con inesperada lluvia
reverdece y vivifica,
quiere de un golpe anegaros
en placeres y delicias.

ROSA. No dices mal.

BLASA. Cosa clara.
¿Pero no vais, señorita?

ROSA. Tienes razon... voy temblando.

JUAN. Hasta luego.

ROSA. A Dios, García. (*Se va.*)

ESCENA XIV.

BLASA. DON JUAN.

JUAN. Receloso, Blasa, estoy,
del bien que me dan los cielos.

BLASA. No hagais caso de recelos
que habrán de terminar hoy.

JUAN. Dime, Blasa, ¿qué dijeron?
¿Hablaban los tres de mí?

BLASA. Os contaré lo que oí,
y lo que mis ojos vieron,
y de la verdad respondo.
En tierna y franca amistad
hablaban con gravedad
sentados los tres en fondo.
Doña Inés en medio estaba,
vuestro padre á la derecha,
y asi, haciendo la desecha
don Bruno oía y callaba.

JUAN. Y mi padre ¿qué decia?

BLASA. Despacio, señor don Juan...
mas calma... menos afan...
¡Válgame Dios, que agonía!
El hilo me habeis cortado
y ya continuar no sé.

JUAN. Pues yo te lo anudaré.

BLASA. ¡Si sois tan desgalichado!

Don Bruno estaba impaciente,
todo cariacontecido,
y haciendo del distraido
se refregaba la frente.

JUAN. ¡Pues qué! ¿no estaba contento?

BLASA. ¡Dale con interrumpir!
Me habeis de dejar decir,
ó no prosigo mi cuento.

JUAN. Yo callaré, desde ahora.

BLASA. Al cielo la vista alzaba,
y el abanico agitaba
con magestad mi señora.
Vuestro padre, á lo que oí,
hablaba con gran calor
de robustez y de amor...

JUAN. ¡Como que hablaba de mí!

BLASA. ¿Me dejareis...?

JUAN. Ya te escucho.

BLASA. Oí que de dote hablaba,
su riqueza ponderaba
y la ponderaba mucho;
y que Rosita sería
la señora verdadera,
quien mandase y dispusiera
de todo cuanto tenia.

JUAN. ¡Cuánto debo á su cariño!
¡Todo por Rosa y por mí!
¿Y qué mas decía, di?

BLASA. Habló de cuando era niño,
de cuando estuvo casado,
de no olvidarse jamas,
y... no me acuerdo de mas;
pero siempre entusiasmado.

JUAN. Y don Bruno, ¿qué decía?
¿no se alegraba tambien?

BLASA. Don Bruno decía, bien...
es claro... y se sonreía.

JUAN. ¿Luego lo aprobaba?

BLASA. Pues,
aprobaba allá á su modo,
mas quien lo aprobaba todo
con gusto, era doña Inés.

JUAN. Pero no decirme nada
cuando hoy mismo he de casarme
vive el cielo que es tratarme
con reserva inesperada.

BLASA. El premio de la vergüenza.

JUAN. ¿Mas tanto rigor conmigo?

BLASA. Es que ya el justo castigo
de lo pasado comienza.

JUAN. Pero á quien no ha delinquido
no se debe castigar.

BLASA. Mas se le debe enseñar...

JUAN. ¿A qué?

BLASA. A ser mas atrevido;
á no temer á su dama...
Señor don Juan, mas valor,
que en la lactancia de amor
el que no llora no mama. (*Se va.*)

ESCENA XV.

DON JUAN.

JUAN. Dice bien... tiene razon,
que en un hombre es grande mengua
tener muda su pasion,
preso siempre el corazon
y atada siempre la lengua.
Soy como el ave que mora
en jaula de plata y grana,
á quien mima su señora
y entre la abundancia ignora
lo que ha de comer mañana.
Cuando debo estar gozoso
me arrepiento avergonzado
de haber sido vergonzoso,
pues al hacerme dichoso
de tal modo soy tratado.
Mas yo no puedo vencerme,
ni acierto nunca á esplicar
lo que ha de favorecerme,
y cuando quiero atreverme
solo me atrevo á callar.

Niño he sido, niño soy
por mas que no lo aparezca;
niño que á la escuela voy,
niño que esperando estoy
á que el domingo amanezca.
Y pues mi destino es tal
que hacer mi ventura sabe
contra el orden natural,
á merced del temporal
dejemos correr la nave.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

Casa de DON BRUNO. *Aparece este concluyendo de escribir una carta. La cierra y toca la campanilla.*

BRUNO. No perdamos la honradez
ya que todo se ha perdido.
(*Sale un criado, á quien da la carta.*)
A don Anselmo... ¿lo entiendes?
vé volando... ahora mismo.
(*Se va el criado.*)
Que lo sepa, que resuelva
y jamas tenga motivo
ni la sospecha mas leve
de que le engañó su amigo.
¡Dios mio...! ¡Cuántos pesares!
¡Cuánta desgracia, Dios mio!
¡Para siempre... no hay remedio,
en la pobreza sumido...!
Y no lo siento por mi
como debiera sentirlo...
Inés... mi querida Rosa...
¡todo... todo se ha perdido...!
Matilde... huérfana triste,
y víctima del destino,
yo, llorando tu infortunio,
te dí paternal asilo...
yo quise hacerte feliz,
y tu patrimonio ha sido

en una nueva horfandad
sentir y llorar conmigo.
Marquina... ¡pobre Marquina!
tus cuidados, tu cariño,
tus afanes, tu honradez
¡qué recompensa han tenido!
¡Dios mio! ¡Cuántos pesares!
¡Cuánta desgracia, Dios mio!

ESCENA II.

DON BRUNO. DOÑA INÉS.

INES. (*Ap.* Consolarle es mi deber
pues está tan abatido,
que la prudente muger
el bálsamo debe ser
de las penas del marido.
¿Qué haces, Bruno?
BRUNO. Qué sé yo.
INES. Estás triste en demasía.
BRUNO. ¡Es tal la desgracia mia!
INES. ¿Tuya solo? ¿mia no?
BRUNO. El serlo tanto de tí
es lo que me arranca el llanto.
INES. Pues borra, Bruno, ese tanto
y no te acuerdes de mí.
En estando tú contento
tu esposa lo está tambien,
que no se consigue el bien
solo con ser opulento.
Muchos en oro nadando
van su vida consumiendo,
en apariencia riendo,
pero en realidad llorando;
mientras goza su fortuna
el pastor, con libre pecho,
en humilde y duro lecho
alumbrado por la luna;
y tranquilo y sin zozobra
no se aflige de ese modo;
si viviendo falta todo,

en muriendo todo sobra.

BRUNO. Todo para mí sobrara
si solo en el mundo fuera;
nada entonces me afligiera,
nada entonces me agitara;
pero Rosa...

INES. Y bien, ¿y qué?

BRUNO. No sé lo que Anselmo hará.

INES. ¿Pero Anselmo sabe ya...?

BRUNO. Una carta le mandé
en que todo se lo digo.

INES. Eso está muy bien pensado,
aunque era paso escusado,
porque Anselmo es nuestro amigo.

BRUNO. Es verdad... siempre lo fué,
pero era yo venturoso,
y á la amistad el dichoso
jamas el fondo le ve.

INES. Le injurias pensando asi.
Bruno, ¿tú desconfiado?

BRUNO. Desde que soy desgraciado
hasta recelo de mí.
Que en el libro del destino
es consignada verdad,
que desgracia y amistad
van por distinto camino;
y si llegan á encontrarse,
vuelve la amistad la cara,
del camino se separa
y pasan sin saludarse.
Rico que pobre se ve,
ni la compasion merece,
y á un mismo tiempo padece
por lo que es y lo que fué.

INES. En el mundo la fortuna
como se pierde se alcanza;
aun nos queda una esperanza.

BRUNO. ¿Una esperanza...? Ninguna.

INES. Abatirse un hombre asi
por un suceso frecuente,
ni es cristiano, ni es prudente,
ni propio, Bruno, de tí.

Mas propio de mí sería;
pero me hago superior;
conformidad y valor,
que á un dia sigue otro dia.

ESCENA III.

DICHOS. DON ANSELMO.

ANSELMO. (*Abrazando á don Bruno.*)
¡Cómo ha de ser...! déjalo...
ya la suerte mudará.
Son gajes de nuestro oficio.

BRUNO. El golpe ha sido fatal.

ANSELMO. No importa... tienes amigos,
vivo yo... no se hable mas.

INES. (*Llorando.*)
Muchas gracias, don Anselmo.

ANSELMO. ¿Llorais?

INES. ¿Pues no he de llorar?

ANSELMO. No hay que afligirse, señora;
¡qué diantre! ello pasará.

INES. Tan pocos amigos cuenta
el hombre en la adversidad,
que al verse uno, debe el llanto
de la gratitud brotar.

ANSELMO. En los dias que vivimos,
decís bien... eso es verdad.
Estan los tiempos muy malos;
ya no se sabe apreciar
la virtud como virtud,
la amistad como amistad.
Te acuerdas, Bruno, en América,
claro que te acordarás,
¿qué españoles conocimos
en nuestra primera edad...?
¡Qué desinteres, qué trato,
qué alegría celestial,
qué sencillez, qué franqueza,
qué dulce fraternidad,
qué mesura en el decir,
qué grandeza en el obrar...!

Pero aquellos españoles,
Bruno, se acabaron ya...
Cuando yo me acuerdo de ellos
me parece que soy mas.
Toma... (*Le da una llavecita.*)
bajo de esta llave
todo mi dinero está,
yo soy tu yerno y me toca
obedecerte y callar.

BRUNO. No permito...

ANSELMO. Toma, Bruno,
ó perdemos la amistad.
(*Don Bruno toma la llave.*)

BRUNO. ¿Cómo yo podré pagarte
un favor tan singular?

ANSELMO. Con un tesoro mayor;
Rosita ¿no vale mas?
Desde hoy tu casa y la mia
sola una casa serán;
paga tus deudas y gasta
lo que te plazca gastar,
y no me consultes nunca...;
allá tú te arreglarás.
¿Y Rosita? (*A doña Inés.*) ¿Estará triste?

INES. ¡Ya ve usted! es natural.

ANSELMO. ¡Pobre niña! Esas noticias
son fatales en su edad.
¿Ha llorado?

INES. Sí señor.

ANSELMO. Pues ya no hay por qué llorar.
Pero á todo esto, parece
que siento debilidad;
como me vine en ayunas...

INES. ¿Y qué quiere usted tomar?

ANSELMO. Cualquier cosa.

INES. Pues entremos:
Bruno, tambien tomará. (*Se van.*)

ESCENA IV.

ROSA. MATILDE.

ROSA. ¿Adónde habrá desgracia

cual la desgracia mia?
Dios Santo, ¡qué agonía!
Apenas puedo hablar.
¿Cuál mi delito ha sido?
¿En qué falté, Dios Santo?
¿Por qué martirio tanto,
por qué tanto pesar?

MATILDE. No asi te agites, prima,
tus arrebatos calma;
la hermosa paz del alma
un dia lograrás.

ROSA. ¡Lograrla...! sí, en la tumba,
que abierta ya me espera;
entonces, cuando muera...
viviendo no, jamas.
¡Y yo... ¡delirio insano!
dichosa me creía
cuando mi suerte henchía
la copa del dolor!
No era él... era su padre
mi prometido esposo...
¿Por qué, Dios bondadoso,
por qué tanto rigor?
¡García...! y tú, inocente,
tu dicha celebrabas...
García, te engañabas
cual me engañaba yo.
¿Cómo delirio tanto?
¿Cómo pensar, García,
que tu rival sería
ese que el ser te dió?
Un hombre de sus años...
Matilde, ¿quién creyera
que el prometido fuera
para premiar mi amor?
¡Qué porvenir tan negro!
¡qué triste, qué horroroso...!
¿Por qué, Dios bondadoso,
por qué tanto rigor...?

ESCENA V.

DICHAS. DON JUAN.

ROSA. Don Juan, ¡todo se ha perdido!
mis esperanzas murieron.
JUAN. Asi lo quiso mi suerte,
asi lo quieren los cielos.
MATILDE. ¿Quién sabe...? pudiera ser
que todo tenga remedio.
JUAN. Uno nos queda... la muerte,
buscar la muerte debemos...
dije mal... debemos no,
solo yo buscarla debo,
yo, que por ser vergonzoso,
por mal amante y por necio,
toda la ventura mia
en justo castigo pierdo.
MATILDE. Aun pudiera ser...
JUAN. Es tarde...
pasó la ocasion... no es tiempo.
Cuando el autor de mis dias,
(de pensarlo me avergüenzo)
cuando es mi rival mi padre,
un padre á quien tanto debo,
¿quereis que mi propia mano
rasgue atrevida su pecho?
Sería yo su asesino
y... ¡jamas...! no puedo serlo.
En mal hora concibió
tan estraño pensamiento.
En su edad, en su cordura...
ni aun imaginarlo puedo,
pero por desgracia mia
y por su desgracia, es cierto;
aunque lograse esa mano
que mia fué en algun tiempo...
ROSA. Que lo será eternamente,
yo te lo juro de nuevo.
JUAN. Rosa, bien mio, por Dios
no acrecientes mis tormentos.
MATILDE. ¿Le aconsejais que se case

con el señor don Anselmo?

JUAN. Es mi padre... si otro fuese...

MATILDE. ¿Qué hariaís?

JUAN. Morir primero
que dejar arrebatarme
un amor que fué mi cielo;
pero soy tan desgraciado
que si lo mio defiendo,
declaro guerra á mi padre
y... antes me trague el averno.
En América... entre fieras,
en despoblados inmensos,
allá en apartados climas,
de mi dulce patria lejos,
lejos de tantos amores
y de tan gratos recuerdos,
buscaré la paz del alma
errante por los desiertos:
¡qué feliz sería yo
alli á tu lado muriendo...!

ROSA. Partamos, sí... alli felices
con Matilde viviremos.

MATILDE. Tal vez alli se calmara
la tormenta de mi pecho.

JUAN. ¡Si yo pudiese arrancar
la memoria del cerebro...!
Si yo pudiera olvidarme
del cariñoso respeto
que al autor de mi existencia
por tantas razones debo,
feliz viviera contigo
allá en los lejanos yermos
donde la mano del hombre
ni llevó el hacha ni el fuego.
Solos con nuestros amores,
solo por testigo el cielo,
alli seriamos, Rosa,
los señores del desierto.
Alli las pintadas aves,
en desusados gorjeos,
aprendieran de nosotros
lecciones de amor eterno.

Un arbol nuestro palacio,
las frutas nuestro sustento,
por único amigo el sol,
ese amigo verdadero,
ese amigo que no engaña,
siempre el mismo, siempre bueno;
y en la silenciosa noche
por solaz y por consuelo
el reflejar de la luna
en las copas de los cedros;
los raudales de las fuentes
de su origen siempre huyendo,
fueran de nuestros amores
vivo y constante remedo;
y de tu hablar envidioso
imitara los acentos
entre las ramas sonando
seductor y dulce el viento.

ROSA. ¿Por qué no han de ser verdades
tan consoladores sueños?
Este suelo, sí, García,
para siempre abandonemos.

MATILDE. (*A Rosa.*)
Tu madre se acerca.

JUAN. A Dios.

ROSA. ¿Vuelves pronto?

JUAN. Pronto vuelvo. (*Se va.*)

MATILDE. Dices bien; de aqui partamos
á buscar un mundo nuevo.

ESCENA VI.

ROSA. MATILDE. DOÑA INÉS.

INES. Dame los brazos, Rosita,
estrecha á tu madre en ellos;
tú eres la fortuna nuestra,
de tus padres el consuelo;
sin tí, ¡qué suerte, Dios mio!
á tí, Rosa, lo debemos.

ROSA. ¿Qué decís?

INES. Que no te aflijas,

que ya todo está compuesto,
que por tu mano, hija mia,
trueca el señor don Anselmo
todos los tesoros suyos,
desde hoy ya tesoros nuestros.

ROSA. (*Ap.* ¡Dios mio! ¡esto me faltaba!)

INES. Por tí ya no nos veremos
ni en la pobreza sumidos,
ni en humillante desprecio,
y podrá salir tu padre
con el rostro descubierto,
pues si á cuantos debe paga,
queda libre en no debiendo.
Para gloria de tus padres
te reservaban los cielos.
¿No es verdad, Rosita mia?
Ven, abrázame de nuevo.

MATILDE. (*Ap.* ¡Pobre Rosa! ¡qué suplicio!
¡cuánto padece y padezco!)

INES. ¿No te alegras?

ROSA. Sí señora.
(*Ap.* Ya para mí no hay remedio.
¡Dios mio...! dadme el valor
del martirio... yo os lo ruego.)

INES. ¿Lloras?

ROSA. Dejadme llorar;
placer en el llanto encuentro,
que el corazon se me oprime
con tan estraños sucesos.

INES. Es natural, hija mia.
Vamos, que llore dejemos. (*Se va.*)

ESCENA VII.

ROSA.

¡Ya no hay, ya no hay remedio!
¡ya todo se perdió!
¡las ilusiones todas
de mi funesto amor!
Sacrificarme debo,
asi lo quiere Dios,

por consolar las penas
de quien el ser me dió.
Un martir pide el cielo...
pues bien, lo seré yo:
volemos al martirio,
volemos con valor.
Que nunca diga el mundo
que ciega en mi pasion,
sacrifiqué la dicha
de quien el ser me dió.
¿Qué importa...? Dios lo quiere:
seré arrancada flor
que su fragrancia exhala
en báquica funcion.
En el festin marchita,
perdido su color,
como la rosa muere
tambien moriré yo.
Cuando le dé mi mano,
si entonces viva estoy,
el postrimer suspiro
exhalará mi amor.
El cielo pide un martir;
pues bien, lo seré yo;
que nunca diga el mundo
que ciega en mi pasion
sacrifiqué la dicha
de quien el ser me dió.

ESCENA VIII.

ROSA. BLASA.

BLASA. Siempre triste, señorita,
siempre á vueltas con el llanto.
ROSA. ¡Siempre padeciendo tanto!
BLASA. ¡Maldita boda! ¡maldita!
¡Qué salida! ¿Quién pensara
locura tan sin igual,
ni que tan viejo y formal
de matrimoniar tratara?
Estan los viejos perdidos;

¡ay señora! ¡qué calor!
es un pasmo, es un horror,
¡qué arriscados, qué atrevidos!
Es tortas y pan pintado
con ellos la juventud;
¡qué ardorosa senectud
esa del siglo pasado!
Marquina mismo, ve usted,
tan formalito y tan grave,
anda el hombre que no sabe
cómo pescarme en la red;
mientras no hay un pescador
entre tanto jovenzuelo
que quiera echar el anzuelo
por ver si pica mi amor.

ROSA. Feliz en tu pobre estado
siempre, Blasa, alegre estás.

BLASA. Yo no he tenido jamas
chico ni grande cuidado.
Siempre libre, independiente,
á pesar de ser criada,
ni envidiosa ni envidiada,
voy viviendo alegremente.
Afuera melancolía,
señora, no hay que afligirse;
distraerse, divertirse,
lo demas es tontería.

ROSA. No hay en el mundo consuelo
que aliviar mis males pueda:
una esperanza me queda.

BLASA. ¿Y cuál es, señora?

ROSA. El cielo. (*Se va.*)

ESCENA IX.

BLASA.

¿Qué afligida! ¡pobrecita!
¡Diós mio! ¡qué atrocidad,
casarla con un anciano
tan raro y tan incapaz!
Y todo por ser tan buena;

él es muy rico, es verdad,
y puede á mis pobres amos
de sus apuros sacar;
pero es preciso ser santa
para un sacrificio tal

ESCENA X.

BLASA. DON JUAN.

JUAN. ¿Y Rosa?
BLASA. ¡Jesus qué ceño!
¿Qué es eso, señor don Juan?
JUAN. Es... no lo sé... mi desgracia,
y... no me preguntes mas.
BLASA. Está usted desesperado.
JUAN. Sí... porque lo debo estar,
porque aborrezco esta vida
que es un eterno dogal...
porque... quiero ver á Rosa:
dime, Blasa, ¿dónde está?
Quiero verla...
BLASA. Hace un momento
que se acaba de marchar:
¿teneis prisa?
JUAN. Tengo prisa.
BLASA. Pues al momento saldrá. (*Se va.*)

ESCENA XI.

DON JUAN.

Está resuelto... es mejor
estas mansiones dejar,
y mi tormentoso amor
y mi desgracia y dolor
al nuevo mundo llevar.
Hoy mismo debo partir,
y á mi padre hacer dichoso;
si tal llego á conseguir
¿qué me importa ya morir
en ese mar borrascoso?

ESCENA XII.

DON JUAN. ROSA.

ROSA. ¿Qué quereis, don Juan, de mí?
JUAN. (*Ap.* ¡Tan hermosa y yo dejarla!)
ROSA. ¿Qué remedio hallar podeis
á nuestra horrible desgracia?
(*Va á entrar don Anselmo, los ve, se pára y escucha desde la puerta.*)
¿Sabeis que es mi mano el precio
del porvenir de esta casa?
Tu padre ofreció á los mios,
porque mi mano lograba,
toda la fortuna suya,
de nuestro infortunio causa.
¡Infeliz...! ¿qué pude hacer
mirando la suerte infausta
en que á mis padres sumia
si el sacrificio escusaba?
JUAN. ¿Al fin cediste?
ROSA. No sé,
ni sé lo que por mí pasa;
solo sé que en fuego horrible
todo el pecho se me inflama,
que este amor que fué mi gloria
el corazon me desgarra,
que quiero apagar el fuego
y se acrecienta la llama;
solo sé que eres mi amante,
solo sé que soy tu amada,
y que á nuestro amor no queda
la mas remota esperanza.
JUAN. Ninguna... la muerte solo
es el bien que nos aguarda.
¡A Dios...! por última vez
¡á Dios...! (*Ap.* Se me parte el alma!)
ROSA. ¿Te vas...? ¡Dios mio...! ¿y adónde?
JUAN. Lejos... muy lejos de España...
donde jamas de mi padre
turbe las amantes ansias;
quiero que tranquilo admire

tus encantadoras gracias;
quiero que viva dichoso
mientras yo en opuestas playas
pueda esclamar al morir:
"fuí buen hijo, esto me basta."

ROSA. ¿Y asi me dejas, ingrato?
Por Dios, por Dios no te vayas;
que yo te vea, García,
que escuche yo tus palabras,
y si hablarnos no podemos
comprenda yo tus miradas.

JUAN. (*Ap.* ¡Este tormento, Dios mio!
Tantos otros ¿no bastaban?)
Llegó el momento... en el puerto
me espera ya la fragata...
¡A Dios...! ¡A Dios!

(*Se va por otra puerta de la en que está don Anselmo.*)

ROSA. ¡Para siempre!
Yo fallezco... ¡Desgraciada!
(*Cae desmayada en una silla.*)

ESCENA XIII.

DON ANSELMO. ROSA.

ANSELMO. (*Entrando.*)
¡Esto habia! ¡y yo, insensato,
sus amores ignoraba...!
Señorita... no responde...
Dios mio, está desmayada...
le ha dado algun accidente...
Matilde... Marquina... Blasa...
(*Llamando.*)
Nadie viene... soy perdido...
¡Santos cielos, qué desgracia!

ESCENA XIV.

DON ANSELMO. MATILDE. BLASA.

MATILDE. ¿Qué es esto, qué...?

ANSELMO. Que Rosita

sin duda se ha puesto mala.

MATILDE. (*Tomando una mano á Rosa.*)
¿Qué tienes, prima...?

ROSA. ¡Qué angustia!
¡Ay! la frente se me abrasa...
¡Para siempre...! ¡para siempre...!
¡Esta suerte me esperaba...!

MATILDE. Tranquilízate, Rosita:
ven conmigo... vamos... anda...

(*Se van, y al irse dice don Anselmo:*)

ANSELMO. (*Ap.* No me puedo en pie tener.
¡Qué desengaño!) Oye, Blasa.

BLASA (*Retrocediendo.*) ¿Me llamabais?

ESCENA XV.

DON ANSELMO. BLASA.

ANSELMO: Sí, te llamo;
quiero que me digas franca,
terminantemente, quiero
que me digas lo que pasa.
Juan, mi hijo, y tu ama Rosa,
¿cuánto tiempo hará que se aman?

BLASA. (*Ap.* A Dios... ya lo sabe todo;
tiró el diablo de la manta.)
Yo no sé...

ANSELMO. Sí, tú lo sabes;
cuenta, no me ocultes nada.

BLASA. Yo solo sé que se quieren;
¡toma...! pues es cosa clara.

ANSELMO. ¿Pero hace mucho?

BLASA. Hará un año,
ú año y medio, ó tal vez haga
asi... como veinte meses
que de sus amores hablan.

ANSELMO. ¿Tan antigua es ya la fecha?
Pues lo han tomado con calma.

BLASA. No tanta como usted piensa;
y si usted no se enfadara
yo le diría...

ANSELMO. Prosigue.

BLASA. ¿Y si luego usted se enfada?

ANSELMO. No me enfado... nada temas;
soy su padre, y esto basta.

BLASA. ¿Se acuerda usted, don Anselmo,
de la alegre temporada
que en la fuerza del calor
disfrutamos en Chiclana?

ANSELMO. Sí, me acuerdo.

BLASA. Pues un dia
fueron ustedes de caza,
pero don Juan se quedó
y hubo de cazar en casa.

ANSELMO. ¿Qué dices, qué...?

BLASA. Usted se altera...
¡Qué agitacion...! ¡Vírgen Santa!
Digo que es muy natural,
cosa que nadie la estraña,
que los jóvenes se quieran
con buen fin, como Dios manda.

ANSELMO. Eso sí...

BLASA. Pues eso digo.
A la siguiente mañana
me dijo mi señorita:
"¡me encuentro tan agitada!
No sé García qué tiene,
que cuando de hablarme trata,
sin poderlo remediar
¡me pongo tan colorada!
Él no es tonto... hablar procura,
y no pronuncia palabra,
y yo le miro á hurtadillas,
y él suspira, mira y calla;
¡es tan corto...!" Y es verdad,
vergonzoso como el alba
que enamorada del sol
asi que le ve se escapa,
y ella delante, él detras,
corren y nunca se alcanzan.
Un año entero, García
ha estado amando en estátua,
siempre con los ojos tiesos
y en secuestro las palabras;
pero al fin se han entendido,

rota del temor la valla,
y... ¡puf! se quieren los dos
con un delirio que pasma.

ANSELMO. ¿Con que tanto?

BLASA. Es un asombro,
un horror... (*Ap.* Si yo lograra
que este viejo se escamase
y le llevase la trampa...)

ANSELMO. ¡Con que tanto...! ¡picaruelos!
¡Y á mí sin decirme nada!

BLASA. Dice usted bien... muy bien dicho,
que si ellos se declararan,
podria usted tener nietos
que alborotasen la casa,
y tan rubios y tan monos,
y con su abuelito...

ANSELMO. Calla;
no te he dado yo licencia
para que te tomes tanta.

BLASA. (*Ap.* Al fin viejo y regañon,
pero no la llevas mala.)

ANSELMO. (*Ap.* ¡Qué ligereza la mia!
(*Sale Marquina.*)

MARQUINA. (*A Blasa.*)
La señorita te llama.

ANSELMO. De cuanto ha pasado aqui
silencio, y... cuidado, Blasa.

BLASA. Pues que asi me lo mandais
no diré ni una palabra.

ANSELMO. Di á tus amos que en el puerto
esperaré hasta que vayan.

BLASA. Está bien. (*Se va.*)

ESCENA XVI.

DON ANSELMO. MARQUINA.

ANSELMO. Te necesito
para asunto de importancia.

MARQUINA. Cuanto mandarme gusteis
obedeceré sin falta.

ANSELMO. En tu prudencia confio,

y en tu actividad probada.

MARQUINA. ¿No me direis...?

ANSELMO. Sígueme;
vente conmigo á la playa. (*Se van.*)

ESCENA XVII.

(*Habitacion de paso en la casa de don Bruno.*)

DON BRUNO. DOÑA INÉS, en trage de calle.

INES. Los duelos con pan son menos,
dice el refran castellano,
y que el refran dice bien
lo estamos, Bruno, palpando.
Rosa quiere, quiere Anselmo;
nuestra fortuna logramos...
Pues señor, la de cuanto antes,
y Dios los haga unos santos.
¿Y por qué Anselmo querrá
allá en la playa esperarnos?

BRUNO. Porque todo esté corriente,
todo listo y preparado,
porque no falte una tilde
cuando hayamos de embarcarnós.

INES. De aqui á Rota el trecho es corto.

BRUNO. Es... no es nada... no hay cuidado;
ademas la mar tranquila,
y nos llevarán volando;
verás cómo ha puesto Anselmo
su hermosa casa de campo;
mucho primor... ¡Qué jardines!
¡Qué preciosos emparrados!
¡Qué frutas tan deliciosas,
qué cenadores de marmol,
qué pajareras, qué estanques!
¡Vaya...! aquello es un encanto;
pasaremos un gran dia.

INES. Escelente... pues es claro;
entre parras, entre fuentes,
y entre flores respirando
un aire mas puro y libre
que este que aqui respiramos.
Celebrar alli la boda

fué pensamiento acertado;
se casan en paz de Dios,
sin bulla ni sobresaltos,
sin visitas ni embelecos,
ni cumplimientos mundanos,
ni testigos maliciosos
murmuradores y falsos.
Nada... á la chita callanda
se sale mejor del paso.

BRUNO. Dices bien; el egoismo
de este siglo monetario,
positivo, ciertamente,
mas positivo en lo malo,
hace á los hombres fingidos,
suspicaces, embozados;
se juntan para engañarse
con recíprocos engaños,
y se disputan un bien
que se escapa de sus manos;
despues les aflige el alma
el eco del desengaño,
y huyendo de las ciudades
buscan la paz en el campo;
esa paz que el bueno envidia,
que solo turba el malvado,
menospreciada del necio
y apetecida del sabio.
La desgracia, dicen bien,
no hay nada que enseñe tanto;
me arrepiento y me avergüenzo
de haber sido tan incauto...
Mas olvidemos, Inés,
esos recuerdos amargos;
vida nueva y enmendarse,
y lo pasado, pasado.

INES. Pero esas chicas no vienen
y el otro estará esperando.
Blasa... Blasa... (*Llamando.*)

BLASA. (*Desde adentro.*)
Voy, señora.

INES. Di que es tarde... ¿Han acabado?

BLASA. Sí, señora.

INES. Pues que vengan.

BLASA. Ya estan aqui.

(*Salen Rosa y Matilde en trage de campo.*)

ESCENA XVIII.

DON BRUNO. DOÑA INÉS. ROSA. MATILDE.

INES. Niñas, vamos.
Ese trage no está mal, (*A Rosa.*)
pero me parece largo.

ROSA. (*Ap.* ¡De trages me habla mi madre
cuando yo estoy espirando!
¡Dios mio, cuánto suplicio!

MATILDE. Rosa, disimulo y ánimo.

ROSA. ¡Ya don Juan, querida prima,
ya don Juan se habrá embarcado...!
¡ya nunca mas le veré...
¡Para siempre...! ¡Cielo santo!
¡Y para siempre á su padre
hoy mismo daré mi mano!
¡Dios mio! Dadme valor
para sacrificio tanto.

INES. (*A Rosa.*)
Tu futuro, don Anselmo,
espera en la playa... vamos. (*Se van.*)

(*Vista de la bahia de Cádiz. A lo lejos se verá una fragata que va á hacerse á la vela. Mas cerca un falucho, y á la izquierda una pequeña casa con puerta al foro.*)

ESCENA XIX.

DON ANSELMO. MARQUINA.

MARQUINA. ¡Gran posesion, á fé mia!
¡Con que tan raro primor!

ANSELMO. Es mi quinta la mejor
de toda la Andalucía.
Aquel sol que brilla alli,
tan puro, tan esplendente,
aquel delicioso ambiente
de jazmines y alelí;

los sombríos cenadores
donde poder descansar,
y el melodioso trinar
de los dulces ruiseñores;
la abundancia de las fuentes,
el agua que sube al cielo,
la que humilde riega el suelo
en tejidos transparentes;
tanta fruta y tan sabrosa,
tan variada produccion,
hacen de aquella mansion
una mansion deliciosa.
Comodidad y placer,
ese fué mi plan constante,
y lo he llevado adelante
sin jamas retroceder.

MARQUINA. Mas, debeis haber gastado...

ANSELMO. Mucho, es verdad, eso sí;
pero lo empleado allí
está muy bien empleado.
Me da un premio, y muy crecido,
en libertad, en quietud,
en alegría, en salud,
y en consolador olvido.
Que agitado y angustioso
mi primera edad pasé;
¡cuántas veces suspiré
en ese mar tormentoso!
¡Y qué gusto agora encuentro
en mi jardin recostado,
al ver el mar alterado
querer salir de su centro,
chocar las olas furiosas
que las rocas estremecen,
mientras á mis pies se mecen
los claveles y las rosas!

MARQUINA. Ya llegan... ya estan aqui.

ANSELMO. Pues cuenta con lo tratado.

ESCENA XX.

DON ANSELMO. MARQUINA. DON BRUNO. DOÑA INÉS. ROSA. MATILDE. BLASA.

BRUNO. ¿Habrás, sin duda, esperado
con mucha impaciencia?
ANSELMO. Sí,
que se va pasando el dia
y mas tarde hace calor.
MATILDE. (*A Rosa.*) No te aflijas... mas valor.
ROSA. ¡Qué desventura la mia!
(*Dispara la fragata un cañonazo, y se hace á la vela.*)
¡Él es...! ¡ya partió...! ¡Dios Santo!
¡Y ya nunca le veré!
INES. ¿Qué dice Rosa?
MATILDE. No sé...
(*A Rosa.*) Por Dios, sofoca ese llanto.
INES. (*A Rosa.*) ¿Estás mala?
ANSELMO. No señora...
Será el miedo de la mar,
y no se querrá embarcar,
pues que se acerca la hora.
Esa fragata quizá,
que la vela al viento ha dado,
habrá su pecho alterado.
¡Como tan lejos se va!
¿No es verdad, doña Rosita?
ROSA. Sí señor... será verdad.
ANSELMO. Pues... la sensibilidad
propia de una doncellita.
Ello... cierto... es cosa grave
alejarse asi de tierra,
y cuando en su seno encierra
algun amigo la nave...
INES. Y bien... ¿qué quereis decir?
Me vais poniendo agitada.
ANSELMO. Yo no quiero decir nada.
ROSA. (*Ap.* ¡Dios mio! ¡Tanto sufrir!)
ANSELMO. (*A Rosa tomándole una mano.*)
Señorita, mas valor,
mas calma... mas confianza,

y no perdais la esperanza,
que hace milagros amor.
(*A don Bruno y doña Inés.*)
Antes de embarcarnos quiero
á Rosa un regalo hacer...
pero es preciso obtener
vuestra licencia primero.

INES. Es ocurrencia graciosa.

ANSELMO. Pues la licencia me dan...

(*Hace una seña á Marquina, y este abre la puerta de la casa y saca de la mano á don Juan.*)

ROSA. ¡Cielos...! ¡qué miro...! Don Juan...

ANSELMO. (*A don Juan.*)
Dale la mano á tu esposa.

INES. ¿Pero qué es esto, Dios mio?

(*Don Juan se arrodilla ante su padre.*)

JUAN. Perdonadme...

ANSELMO. Alza, muchacho;
vamos, no tengas empacho.
(*A doña Inés.*)
La enmienda de un desvarío.
Yo con Rosa me casaba,
y era el suyo otro García;
él por su padre cedía
y á Rosa sacrificaba;
el plan perdonarle quiero
de ausentarse de mi lado,
que si pensamiento honrado,
fué pensamiento ligero.
A punto que se embarcaba
le pude alcanzar aqui,
y mandé cerrarle alli
mientras su Rosa llegaba.

INES. ¡Suya...! (*A Rosa.*) ¿Qué dices...? Responde.

ROSA. Es verdad...

INES. ¡Y yo ignorante!

ANSELMO. Amor de niña es brillante
que su resplandor esconde.

BRUNO. ¿Por qué no me hablaste, Rosa?

ROSA. Tuve miedo... yo no sé...

ANSELMO. ¿Por qué no te habló? Porque
es doncella y pudorosa.

Yo lo supe todo al fin;
desde hoy juntos viviremos,
y su enlace celebremos
por supuesto en mi jardin.
No es mi edad para marido,
era Juan el designado;
el cielo me ha castigado
por haber asi ofendido
la memoria de su madre...
Pero olvidémoslo todo,
pues él logra de este modo
ser buen hijo, y yo buen padre.

FIN DE LA COMEDIA.

ECTA DE AUTORES CONTEMPORANEOS.

DAS.

or los seño-
rtzenbusch,
illo, Arnao,
, Nuñez de
tomo, 4.º
12 lujosa-

CERVÁNTES,
blioteca Co-
Castro; un
pesetas.
so, por don
n tomo, 8.º

de las *Deli-*
or D. José
r, 3 pesetas.
D. José Sel-
frances, 3

io de True-
pesetas.
etas en pro-
Antonio de
or, 4 pesetas.
s (Estudios
la mujer),
nués (2.ª edi-
, 4 pesetas.
ULPA VA EL
el Pilar Si-
, 4 pesetas.
ral, su his-
l, precedido
ndez-Guer-
ez de Toca;
pesetas.
til á la ge-
D. Anselmo
do revisado
a; un tomo,
tas.
D. Emilio
tomo, 8.º

D. Emilio
n tomo, 8.º

LA CUESTION DE ORIENTE, por D. Emilio Castelar; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.

PRINCIPIOS GENERALES DEL ARTE DE LA COLONIZACION. Obra indispensable en toda biblioteca y utilísima á los que se dedican á estudios estadísticos, por don Joaquin Maldonado Macanaz; un tomo en 4.º, 6 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS POLLAS, novela, por doña Francisca Sarasate; un tomo, 8.º mayor frances, 3 pesetas.

DISQUISICIONES NÁUTICAS, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.º mayor, 6 pesetas.

LA MAR DESCRITA POR LOS MAREADOS; MÁS DISQUISICIONES, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.º mayor frances, 6 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS MADRES, por Doña María del Pilar Sinués; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.

EL COMENDADOR MENDOZA.—LA CORDOBESA. — UN POCO DE CREMATÍSTICA, por D. Juan Valera; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.

LETRA MENUDA, prosa y versos de Don Manuel del Palacio; un tomo, 8.º mayor, frances, 3 pesetas.

DE MADRID Á MADRID, dando la vuelta al mundo, por D. Enrique Dupuy de Lome; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.

HIJA, ESPOSA Y MADRE, cartas dedicadas á la mujer acerca de sus deberes para con la familia y la Sociedad, por doña María del Pilar Sinués, primera y segunda parte; un tomo, 8.º mayor francés, 4 pesetas.

HIJA, ESPOSA Y MADRE, (tercera parte, con un apéndice titulado *Hermana*), por Doña María del Pilar Sinués; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.

OBRAS EN PRENSA.

HISTORIA DE DOS ALMAS, novela de costumbres, por D. Antonio de Trueba.

LOS PAÍSES BAJOS, vistos por alto, por D. José de Castro y Serrano.

las principales librerías y en la Administra-

Y AMERICANA y de LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,

AS, 12, PRINCIPAL, MADRID.

riba expresados, entiéndase que son en Madrid.

M. DEL PILAR SINUÉS.

HIJA,

ESPOSA

Y

MAD E

3.ª PARTE.

PRECIO:

4 pesetas.

MAD RID.

1877.